

## En los albores...

### 1

Faltaban 80.000 años para que un político de ideas raras fuera tomado por el hijo de un dios, creando alrededor de su figura un entramado sectario con pretensiones de dominación mundial, y las riñas entre los dos *homo sapiens* no cesaban ni un solo día. Otros *sapiens* de la zona, ante la personalidad violenta de Krun, decidieron marcharse a una zona más tranquila, lejos de las tierras tan bien conocidas, engrosando en algunos casos el número de emigrantes que renegaban de la cuna africana y se extendían por otros parajes.

Grun no. Grun había nacido allí, y a Grun nadie le movía. Además, Grun odiaba a Krun. Unos gritos interrumpieron sus pensamientos. Krun, seguro. Se puso en marcha dirección a los gritos, hacia Krun. Alguien tenían que matarlo. Grun lo haría.

### 2

Krun consiguió atrapar a una hembra descuidada y arrastrarla a una de las cuevas que su fuerza había ayudado a vaciar, violándola allí repetidas veces. Una vez satisfecho, Krun se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared de piedra, disfrutando de los gritos histéricos que la hembra propinaba mientras salía corriendo de allí. La vida era buena para Krun, y los gritos de una recién violada eran vigorizantes.

Las repetidas eyaculaciones en el interior de la hembra le abrieron el apetito. Se fue al rincón de la comida, seleccionó unos cuantos frutos secos y se puso a molerlos. En uno de los golpes, la piedra que Krun sostenía en la mano izquierda se rompió. La forma de uno de los fragmentos resultantes desencadenó en la mente del *sapiens* una reacción

sináptica inédita hasta la fecha. Bajó la vista y observó por primera vez un arma en sus manos, a la vez que el primer deseo de usarla se formó en su mente. Con la mano izquierda agarró el rudimentario cuchillo. Ante el tacto, Krun comenzó a esgrimir gruñidos histéricos y a dar veloces saltos de un lado a otro, sin quitar los ojos de la piedra de aristas afiladas. Cuando se detuvo, acompasó la respiración y miró más allá de la entrada de la cueva, al nuevo mundo que se abría ante él. Se sintió superior, y sonrió. Bajó la mirada y contempló con reverencia el histórico descubrimiento. Pero los pocos segundos, la luz que entraba en la cueva disminuyó.

Extrañado, Krun levantó la vista y vio una figura recortada sobre la claridad del exterior. Un gruñido de aviso salió de la garganta de Krun. El extraño permaneció allí clavado, a la entrada de su cueva. Otro gruñido, más amenazador que el anterior, reptó por la boca medio abierta del molesto Krun, mientras se erguía.

Grun avanzó unos pasos.

Fastidiado y a la vez asombrado por la osadía del extraño, Krun agarró el arma y se lanzó al ataque con todas sus fuerzas, dispuesto a clavar en su adversario el descubrimiento. Grun saltó a la par que su oponente sin reparar en el objeto que este agarraba con su mano izquierda. Los cuerpos chocaron violentamente. Tras el golpe, ambos contrincantes se separaron. El arma de Krun estaba manchada en sangre, y de la parte derecha del pecho de Grun salía un río oscuro. Krun sonrió, satisfecho. Grun retrocedió, incrédulo. ¿Qué le había picado? Un grito salió de la garganta de Krun. Grun, mareado, salió corriendo a trompicones, sintiendo como la vida se le escapaba por la herida. ¿Qué le había picado?

## **En la decadencia...**

### **1**

La serpiente metálica de 240 metros de longitud resistía estoicamente el batir de las olas. Hacía ya seis meses que sus creadores la abandonaron frente a las costas del llamado Gran Mar, en un punto bien estudiado que no entendía de calmas. Los algoritmos genéticos que regían su comportamiento se habían adaptado excepcionalmente bien a las condiciones del aquel punto concreto. Una y otra vez, la serpiente copiaba su programa con mínimas alteraciones, lo probaba y elegía que versión funcionaba mejor. Sobre la elección, creaba otra copia nueva con mínimas alteraciones, y volvía a elegir. El proceso se repetiría durante toda la vida de la serpiente, incluso si alcanzaba el programa perfecto y todas las copias nuevas eran desechadas.

La finalidad de tan peculiar selección genética era la generación eficaz y limpia de energía. Con cada programa mejorado, el cuerpo de la serpiente, dividido en secciones, ajustaba la inclinación y resistencia de las articulaciones, amoldándose así al batir continuo de las inalterables olas de aquella región marina. De la cola del enorme animal metálico salía un grueso cable que serpenteaba por el fondo marino hasta emerger en tierra, donde una instalación costera recibía la energía olamotriz y la almacenaba y distribuía por los asentamientos cercanos.

Fue al desechar una versión alterada cuando la serpiente metálica, sin sentir nada, explotó en mil pedazos. La guerra continuaba.

### **2**

Nolan Tracey maldijo por lo bajo sin dejar de apretar la mandíbula. Estaban

perdiendo todas las serpientes a la vez. *Malditos Lunáticos*. Aunque en el fondo no se les podía culpar. No enteramente, al menos.

—Nosotros atacamos primero... —masculló.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó uno de los soldados.

*No, soldados no*, se recordó. Todos los que luchaban en aquella guerra eran científicos, intelectuales, seres racionales; única esperanza de toda una raza. Se suponía que ese tipo de cosas no podían suceder. No debían suceder. Pero daba igual que se hubiera escogido a un nutrido grupo de personal preparado para lo peor; un encierro era un encierro. *No olvides el viaje en aquellas vastas colonias de metal*. Generaciones enteras concebidas y apagadas en medio de la nada, sin un maldito mundo al que poder poner el pie y llamar hogar. ¿Se podía tratar a los sucesos acaecidos de impredecibles? Nolan negó con la cabeza.

Intentó recordar el punto en el que los dos bandos, los que querían seguir y los que querían parar, se formaron. Tras unos segundos escrutando su mente, desistió. Tampoco recordó el momento concreto en donde el encierro nubló la cordura de los viajeros, ni cuando empezaron a llamarse Lunáticos y Chalados los unos a los otros. Lo único que podía recordar con claridad era lo que quería olvidar; aquel golpe de realidad que sufrió cuando salió al exterior de la luna y observó las dos naves inutilizadas, saboteadas. Las Arcas, único transporte de los últimos supervivientes de Eonia. Supervivientes condenados a vivir en aquella pequeña luna; condenados a una contienda eterna.

La última de las serpientes desapareció del monitor. *También atacarán las centrales*. ¿Por qué la razón les abandonó en el espacio?

—Señor Tracey...

*Por dios, nos vamos a extinguir. ¿Por qué mandé el sabotaje? ¡¡Por qué me escucharon!!*

—Sí —un ahogado suspiró lloró por su gente—. Terminemos de una vez.

Una fuerte explosión sonó a su espalda. Sin dejar de correr, giró la cabeza justo a tiempo para ver una bola de fuego que se alzaba en el aire.

—Lo hicimos, Alex... ¡Muerte a los Chiflados!

Un coro de vítores se levantó entre el grupo que corría tierra adentro. Solo Alexander Hopper se quedó al margen de la celebración, apagando la adrenalina del momento producida por la guerra.

*Lo hicimos...* Volaron la instalación de la serpiente del Gran Mar. Si los problemas se mantenían al margen, otros grupos en otras zonas habrían volado al mismo tiempo todas las serpientes que los Chiflados desplegaron por la costa. Realmente querían establecerse en la luna, los muy cabrones. *¿Y por qué no?*, se preguntó. Al fin y al cabo, era lo que siempre defendieron, instalarse en el primer sitio habitable que encontrasen y salir de aquella lata de sardinas gigante que les conducía erráticamente por el espacio. El corazón bombeaba sangre frenéticamente a los músculos. *Malditos Chiflados*. Miró hacia atrás. La bola de fuego en que se convirtió la estación de la serpiente dejó paso a una gruesa columna de humo negro que se alzaba al cielo en un ángulo de unos setenta grados. Volvió la vista. El resto del grupo, de sus compañeros, subía a los vehículos que aparcaron lejos del punto de destino. Alexander se detuvo, la mirada perdida.

—¡Vamos Alex!

El grupo con el que había volado la estación y la serpiente le llamaba ostentosamente con las manos, instándole a mover el culo de una vez y salir de allí por patas. Hopper movió la cabeza violentamente, de un lado a otro. Reanudó el movimiento con una marcha ligera, casi desganada, mientras sus compañeros seguían atosigándole. *Las Arcas*. Echaba de menos las Arcas, lugar de nacimiento de su raza, de los vivos; su hogar. Llegó al vehículo, introdujo una pierna y se detuvo, echando un vistazo alrededor.

—Joder, Alex, ¡vamos!

Entró y cerró la puerta. *Putos Chiflados, cambiar las Arcas por esta mierda de roca.*

Ellos destruyeron su hogar. Ahora le tocaba a él.

#### 4

Sacó la aguja del brazo y aplicó el algodón con alcohol en el minúsculo orificio. Con una sonrisa y un gesto afirmativo de la cabeza, indicó a la mujer que estaba sentada en la camilla que podía marcharse. Esta apretó el algodón con dos dedos, se levantó y se marchó, sin saber muy bien que era lo que le habían inyectado. Nolan puso la aguja en el motón de las usadas y miró fuera de la habitación; no había nadie. Se quitó los guantes de látex y se dispuso a recogerlo todo. Para bien o para mal, ya no había vuelta atrás.

—Ya han terminado en los demás.

La voz provino de un ayudante que acaba de entrar en el pequeño centro médico.

—Gracias —respondió Nolan.

Todos los Chiflados inyectados con nanobots biológicos. Una invasión de tecnología experimental destinada a conquistar, moldear y cambiar el código de barras humano. Las dudas intentaron asaltar su mente, pero el momento de titubear quedó atrás con la primera de las inyecciones, aplicada sobre su propio brazo. Si todo salía bien, su raza dejaría de existir como lo había estado haciendo por miles de años. Aunque, ¿qué era la evolución sino mutaciones que se adaptaban al medio y perduraban generación tras generación? La evolución que iban a presenciar, aunque inducida, era necesaria. Con la guerra contra los Lunáticos endureciéndose a cada minuto, sería cuestión de meses que se matasen los unos a los otros en aquella pequeña luna de un gigante gaseoso perdido a varios parsecs de distancia de su planeta cuna. *No, no puedo permitirlo.* Tenían que sobrevivir. ¿Cómo era el ancestral dicho? Huevos para la tortilla, o algo así.

Las semanas pasaron y nada ocurrió. Tanto Lunáticos como Chiflados extrajeron el mismo significado de la tregua no declarada: el enemigo estaba preparando algo gordo.

La tienda de campaña se mimetizaba con el paisaje, fundiendo su color con el del entorno. Dentro, Alexander Hopper repasaba las cantidades de materiales explosivos que consiguieron reunir o fabricar. Aunque con la distracción de la voladura de las serpientes se hicieron con grandes cantidades de materiales y explosivos de las Arcas, el volumen que necesitarían para sus planes aún quedaba un poco lejos. Menos, pero aún lejos.

—Ya tenemos casi todos los puestos contruidos, Alex.

—¿Y qué tal han quedado? ¿Cumplimos expectativas?

Su interlocutor sonrió.

—Cumplimos y superamos. Cuando empecemos a volar esta jodida roca y salgan corriendo como pollos sin cabeza, no sabrán de donde vienen las balas que atraviesan y despedazan sus aterrados cuerpos y cabezas.

Una risotada cruel salió del informante. Alexander meneó la cabeza.

—Gracias por el grafismo innecesario.

El hombre plantado ante él, todavía sonriendo, hizo una burla del saludo militar y salió a grandes zancadas. ¿Cómo de dos personas normales podía salir semejante individuo cargado de sadismo? ¿Acaso se estaban volviendo todos locos? Dejó los papeles que tenía en la mano y frunció el ceño. ¿Cuándo empezó todo a irse a la mierda? Hizo un vano esfuerzo. ¿Quién empezó la guerra? *Los Chiflados, claro, con su estúpida rabieta. En el primer planeta habitable que encontrasen, qué tontería.* Ya estaban en él, y

resultó ser una maloliente roca carente de interés. *¡Ni siquiera es un planeta!* Un mar que no sería más que un lago en la roca natal y una atmosfera que olía a podrido. *Menudo panorama.* Ni siquiera toda la luna era habitable. En los dos hemisferios, unas gigantescas y potentes corrientes de chorro con vientos constantes de doscientos kilómetros por hora hacían la vida casi imposible. Solo el ecuador se libraba del ventoso clima, y por demasiado poco. *¿Cómo pensaban mantener una población decente en aquél cinturón de mierda? Putos Chiflados.*

—¡Alex! —gritó una radio entre chisporroteos—. Hemos encontrado un depósito enorme de nitrato de sodio en la franja desértica... Alex, ¿estás ahí?

Se levantó de la silla y empezó a andar de un lado a otro de la tienda. ¡Nitrato de sodio! Justo lo que necesitaban. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Alex!

Fue a la radio y cogió el comunicador.

—¿Cómo de enorme? —preguntó.

—Pues... ¡Adiós Chiflados!

La risa de Alexander Hopper fue a unirse a la que se transmitía por la radio. Bien, todo marchaba bien. Volarían a esos cabrones hasta la bola de gas y después arreglarían las Arcas, si podían. Si no, construirían otra nave con sus piezas. Apagó la radio y salió al exterior, radiante. Por unos instantes, lamentó no saber si los Chiflados tenían un líder; quería imaginarse su cara estallando en mil pedazos.

## 7

Las escaramuzas y refriegas se fueron apagando como los colores en invierno, dejando paso a una calma inédita hasta la fecha, de meses de duración, en la franja habitable de la luna. Ambos bandos andaban demasiado ocupados en sus proyectos



como para estar perdiendo el tiempo en luchas inútiles que lo único que generarían serían innecesarios gastos de recursos, tanto humanos como materiales. La lucha, pues, cobraría su verdadera dimensión en un único y brutal combate. Un combate en donde ambos bandos se sabían vencedores.

## 8

Una lágrima resbaló por el rostro de Nolan Tracey. No pudo evitar sentir pesar por su hogar perdido; su mundo cuna, al contemplar la enorme torre que habían construido con los materiales profanados de las Arcas. Unos materiales que hicieron posible la titánica tarea de construcción de las nueve torres de diez kilómetros de altura que se repartían por el Gran Mar. Una vez construidas, la aleación de materiales quedaría inutilizada hasta que la guerra acabase y pudiesen dismantelar las torres. ¿Pero cuánto duraría aquel sinsentido? Puso el motor de su lancha en funcionamiento y enfiló la siguiente torre. *Malditos Lunáticos*. En el resurgir de la lucha, la primera torre fue volada al poco de comenzar su construcción. En realidad, no pudieron hacerle el más mínimo rasguño a la estructura en sí, pero lo que la explosión si se llevó por delante fue el sistema de anclajes que mantenía la torre en posición vertical. Desde ese fatídico momento, las medidas de seguridad en la base de las estructuras marinas fueron extremas.

Saludó al personal de seguridad de aquella torre y la rodeó lentamente, más por gusto que por desconfianza. *Malditos Lunáticos*. ¿Tendrían noción alguna del propósito de aquellas complicadas obras de ingeniería? Esperó que no fuese así. Aunque, de todos modos, ¿podrían hacer algún preparativo si supiesen del cambio que se produciría en aquella luna? Meneó la cabeza negativamente. No, no podían hacer nada en absoluto. Eran ellos, Nolan y su gente, los que poseían la tecnología de las Arcas. Solo él y los

suyos estarían preparados para el cambio. Solo los Chiflados morarían aquella maloliente luna, cuna de una nueva raza.

## 9

—En dos semanas podemos tenerlo todo listo.

Hopper seguía paseando por la tienda con las manos en la espalda y la vista alzada como si pudiese contemplar una de las intrigantes estructuras de los Chiflados. Una mesa larga daba cabida a todos los jefes zonales que, en aquel momento, ultimaban los detalles de lo que debería ser el ataque definitivo. El líder de los Lunáticos se detuvo y, sin apartar la vista del techo de la tienda, preguntó por decimocuarta vez.

—¿Seguro que no están construyendo más alfileres?

Unas miradas de cansada resignación recorrió al grupo de líderes.

—Me cago en la puta, Alex. Que no. Que ya no están construyendo más alfileres. Olvídalo y céntrate en el plan, ¿quieres? Tenemos demasiados detalles que coordinar.

Hopper dio dos pasos más en la tienda sin bajar la vista y preguntó.

—¿De verdad que nadie tiene la más remota idea de para que pueden servir?

Varios bufidos indignados recorrieron la sala. Estaban hartos de que su líder natural estuviese una y otra vez sobre el tema. No, no tenían la más remota idea de la función de aquellas afiladas construcciones. No, no habían construido más de nueve torres. No, no querían que les recordasen a cada minuto su ignorancia. Tenían un plan, un plan bueno, y debían llevarlo a cabo cuanto antes. Esa era la única manera de que el misterio de los alfileres importase exactamente una mierda.

—Que le follen —dijo uno de los jefes, mirando a Hopper de reojo y decidiendo ignorarle por completo—. A ver... Una vez traspasado lo que seguro será un perímetro defensivo chiflado, la prioridad será hacerse con el control de las Arcas. De una, al

menos.

El resto de líderes dejó de prestar atención al distraído Alex y se concentró en los planos sobre la mesa.

—Yo digo que...

—¿A alguien más le parece extraño este viento?

La observación de Alexander Hopper fue ignorada por la totalidad de los allí presentes.

## 10

Nolan y su gente crearon círculos concéntricos de barricadas y trincheras alrededor de las Arcas. Improvisados contenedores blindados e intrincados laberintos de planchas de metal ofrecían amparo a los defensores y dificultaban el avance de los atacantes. Esa era la teoría. Eso creyeron los Lunáticos.

—¿Dónde coño está la gente?

—¿Cómo dices?

El viento soplaba con una fuerza inusitada para aquellas latitudes, y parecía ir a más con cada segundo vivido; la comunicación era casi imposible.

—¡¡QUE DÓNDE COÑO ESTÁN LOS CHIFLADOS!!

El destinatario de la pregunta se encogió de hombros. Se encontraban en el segundo círculo defensivo y todavía no habían encontrado ningún tipo de resistencia. Solo la configuración de los perímetros y los cientos de posibles sitios donde realizar una emboscada ralentizaban el avance de los Lunáticos.

—Están jugando con nosotros... —dijo alguien.

—A este paso tardaremos un día entero en llegar —intentó decirle sin éxito un lunático a otro que estaba a su lado.

—Puto viento...

La exclamación anónima fue transportada cientos de metros por la recia corriente de aire.

## 11

Las torres bombeaban incesantemente agua desde el mar hasta las alturas. Una vez en el pico de los alfileres, el agua era pulverizada y esparcida en el aire, creando nebulosos aros de condensación alrededor de las estructuras. A partir de ahí, el ciclo hidrológico natural tomaba el mando, y el agua pulverizada se enfriaba hasta crear minúsculos copos de nieve que, al caer y derretirse, enfriaban el aire de las capas húmedas inferiores. No más zonas exentas de vientos huracanados. El resto, quedaba en manos del diseño genético y las mutaciones de código de los nanobots.

## 12

A la finalización de la mutación condicional, llevada a cabo por las microscópicas máquinas, le siguió un duro entrenamiento. Nolan y su gente estableció campamentos en la zona ventosa de la luna y, desde allí, ofrecieron cursos y salidas programadas para asimilar los radicales cambios que los cuerpos sufrirían por siempre en aquel su nuevo hogar. Unas inevitables bajas en las primeras salidas, donde los futuros instructores debían aprender qué instruir, fueron los únicos contratiempos con los que se encontraron los Chiflados. Por lo demás, el entrenamiento resultó todo un éxito. Los apéndices de laboratorio se desarrollaron sin problemas, si excluimos la intensa agonía de los primeros días, y los Chiflados se hicieron con el control de sus renovados cuerpos en apenas una semana de trabajo. Aquellas maravillas de la ingeniería genética se desplegaban con

vientos superiores a cincuenta kilómetros por hora, y en condiciones de calma se retraían amoldándose a la forma de la espalda.

—Señor Tracey. Acaban de sobrepasar el segundo perímetro.

Nolan asintió con la cabeza. Cuando sorteasen el tercero, de nuevo sin oposición, saldrían a un claro que, tarde o temprano, tendrían que cruzar. Para ese momento, los chiflados esperaban que las torres de bombeo hubiesen generado vientos superiores a los cien kilómetros por hora. Con tales condiciones, con los Lunáticos más preocupados por no perder el equilibrio y protegerse los ojos que por saber dónde estaba el enemigo, las puertas del hangar donde esperaban Nolan y su gente se abrirían, un fuerte viento activaría los apéndices y la última batalla comenzaría. *Huevos para la tortilla*. El sacrificio de unos pocos por el bien común de una raza. *Selección natural levemente espoleada*, se repetía Nolan por centésima vez.

### 13

—¡EL VIENTO NO PARA DE ARRECIAR!

Alex, plantado junto al jefe que acababa de gritar, no entendió nada; el viento no paraba de arreciar. A ese ritmo, el soplo huracanado les arrancaría de la tierra y los llevaría a cientos de kilómetros más allá. Levantó la vista sin ver nada; un vendaval de tierra y polvo se cernía sobre ellos. *Los malditos alfileres, seguro*. Sabía que eran importantes. ¿Pero por qué construirlos? ¿Qué ganaban los Chiflados con aquel viento del demonio? ¿Acaso pensaban vivir bajo tierra el resto de sus días?

—¡CRUZEMOS EL CLARO ANTES DE QUE SEA IMPOSIBLE Y RESGUARDÉMONOS EN EL SIGUIENTE PERÍMETRO!

Hopper le hizo gestos a su compañero indicándole que no escuchaba nada. *Maldita sea*. Tenían que cruzar el claro antes de que fuese imposible y resguardarse en el

siguiente perímetro. *¿Pero cómo pasar la orden? Bueno, se dijo, que mejor que dando ejemplo.* Dio unos toques en el hombro del jefe más cercano, se señaló el pecho, apuntó al siguiente perímetro, apoyó el índice en el hombro de su compañero, recalcó su propio trasero varias veces y se lanzó a la carrera entre la ventisca de tierra.

A mitad de camino, Hopper miró para atrás. Entre los remolinos marrones pudo ver las siluetas de sus compañeros. *Bien.* El más cercano desapareció. *¿Pero qué...?* Alex se detuvo. *¿Estaba alucinando?* Dio media vuelta, anclando los pies al suelo para no salir despedido. Otra silueta salió despedida, perdiéndose entre los furiosos remolinos de tierra. Extrañas sombras se movían en el cielo, volando entre las intrincadas formas de la arena zarandeada con violencia. *¿Qué demonios estaba pasando?*

Le llegó el turno a Alexander Hopper. Fue agarrado por los hombros, elevado unos veinte metros y lanzado a favor del viento, haciéndole volar a toda velocidad hacia una de las planchas de metal del último perímetro. Murió con la cabeza aplastada, sin tener la más remota idea de lo que había pasado, evocando la imagen de un alfiler brillante que se alzaba desde las profundidades del mar, ignorante del increíble logro científico que había llevado a su raza a una violenta evolución. Una evolución que los Chiflados amoldaron y espolearon a sus deseos, ayudados por la tecnología remanente de las Arcas. Una evolución que terminó su selección natural asistida en apenas dos horas, tiempo suficiente para que los nuevos humanos alados volasen entre la ventisca arrancando del suelo los vestigios de la raza original como si fueran mala hierbas, lanzándolos por el aire que no sabían navegar y estrellándolos contra el suelo del que no podían despegar.

Chiflados o no, cada humano alado abrazó al viento que impulsaba los apéndices mutados y rio extasiado ante el control que poseían sobre el nuevo mundo, donde el espacio cobraba una nueva dimensión y las alas se convertían en los pies con los que explorar los cielos.

## Volviendo a los albores...

### 1

Grun sostenía un fragmento de roca afilado en las manos mientras se miraba la cicatriz del pecho. Así es como Krun debía haberle herido. Nada de picaduras animales. ¿Cómo no lo había pensado antes? Cualquier piedra con esas características podía quitar la vida de hasta un semejante fuerte como Krun. Pero, ¿por qué seguía con vida? Jamás pensó que su cuerpo pudiese retener tanto líquido rojo portador de vida. Y en cambio, allí estaba, recuperado, con el pecho cerrado y con su mano derecha sosteniendo por primera vez un arma. ¿Si picaba a Krun con ella, también se recuperaría? Se puso en pie. Tendría que comprobarlo.

Se encaminó hacia la salida de la cueva. Krun había seguido haciendo de las suyas mientras que él deliraba, moribundo. El mundo seguiría estando mejor sin Krun. Se encaminó a la cueva de su enemigo empuñando el rudimentario cuchillo. Se sentía superior, y sonrió.

### 2

Krun no se lo podía creer. ¿Cómo podía seguir con vida? Y lo que era más increíble, ¿cómo se atrevía a desafiarle de nuevo? La cicatriz del pecho de su enemigo era horrible, y decidió que tenía que hacerle otra. ¿Cuántas veces tendría que clavar su arma en él para que muriera?

Con furiosos gruñidos, se abalanzaron el uno contra el otro. Grun lo esperaba, así queladeó el cuerpo para que la piedra de su adversario solo le hiciese un corte superficial encima de la antigua herida. Krun, en su rabia, no se percató de que su contrincante

agarraba el mismo ingenio con el que le regaló la cicatriz, y cuando sintió un dolor agudo y profundo en el pecho no lo entendió ¿Qué le había picado?

Con ese pensamiento en su cabeza se apagó la vida de Krun. Grun, de pie frente al cuerpo inerte de su enemigo, jadeando más por la tensión que por el esfuerzo, y sangrando levemente por la nueva herida que fue a sustituir a la vieja, se preguntó cómo podía ser que su piedra hubiese matado a Krun, cuando la de este no había conseguido acabar con su vida. Miró la cicatriz sangrante de la parte derecha de su pecho. Miró la profunda herida en la zona izquierda de su enemigo. La comprensión gritó lejana en su cerebro, produciendo leves ecos y conexiones sinápticas que, aun confusas, serían pioneras del nivel superior de raciocinio que marcaría el devenir de la raza. Sin llegar a una conclusión sobre el misterio de la muerte de Krun y su supervivencia, Grun puso rumbo a la cueva, tranquilo, confiado, decidido a derramar cuanto líquido portador de vida fuese necesario para que le dejaran en paz.

De ese modo se desató una violenta evolución de la raza que favorecería una mutación sobre otra; esa que marcaba la diestra como extremidad principal. Y todo por la leve inclinación del corazón hacia un lado.

*Planeta Tierra, 10 - 02 - 2011*

*Juanje López*